



# Rosario Ilustrada

*Guía literaria de la ciudad*



**28** El coche corre en línea recta por el barrio de los cabarets. **29** A través de la mirilla de la gran puerta de cedro labrado. **30** Mencionada en voz baja. **31** Es tan bello ese cielo celeste. **32** Desde el banco de piedra es posible ver el río y los palos borrachos. **33** Con cuatro copas de más. **34** Paso a paso, estrechando filas. **35** Una oleada como de pintura roja.

**Juan Carlos Onetti Roger Pla**  
**Edgardo Cozarinsky César Tiempo**  
**Noemí Ulla Alejandro Rubio**  
**Hugo Diz Elvio Gandolfo**

# Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



31

28

30

29

33

35

32

34

## Recorridos anteriores

**1** Roberto Arlt **2** Jorge Söhle **3** Ada Donato **4** Felipe Aldana **5** Beatriz Vignoli **6** Lilian Neumann  
**7** Arturo Cancela **8** Rosa Wernicke **9** Jorge Isaías **10** Rubens Bonifacio **11** Patricia Suárez  
**12** Pablo Crash Solomonoff **13** Oscar Taborda **14** Alfonsina Storni **15** Daniel Giribaldi  
**16** Osvaldo Bazán **17** Borges/Bioy Casares **18** Daniel Briguet **19** Rafael Ielpi **20** Eduardo D'Anna  
**21** Héctor Sebastianelli **22** Florencio Sánchez **23** Fausto Hernández **24** Edgardo Dobry  
**25** Francisco Gandolfo **26** Alberto Lagunas **27** Angélica Gorodischer

**:e(m)r;**

EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO

Rosario Ilustrada / Guía literaria de la ciudad

© Editorial Municipal de Rosario 2004

*Edición general* Pedro Cantini / *Compilación y edición* Martín Prieto y Nora Avaro / *Ilustración* Luis Lleonart, Milena Alessio y Silvina Marietta / *Diseño* Cosgaya Diseño / *Impresión* Borsellino Impresos

EMR agradece especialmente, por su colaboración en la elaboración de esta Guía, a Ricardo Avaro, Analía Capdevila, Eduardo D'Anna, Hugo Diz, Elvio Gandolfo, Francisco Garamona, Daniel García Helder, Alberto Giordano, Diego Giordano, Rafael Ielpi, Jorge Isaías, Jorge Malla, Gladys Onega, Judith Podlubne, Agustina Prieto, Roberto Retamoso, Sylvia Saítta, Oscar Taborda, Fernando Toloza, Alberto Carlos Vila Ortiz, Héctor Nicolás Zinni.

Esta edición se compuso con las fuentes *Rosario* y *Chivo*, de Héctor Gatti (Rosario, Argentina, 2004).  
Fotos de Carlos Saldí (páginas 84 y 85), gentileza del Museo de la Memoria de Rosario.

por Juan Carlos Onetti

**E**l cochero se enderezó de un golpe. La luz del baile manchaba la vereda húmeda.

—Sí, como no... De acá deben ser unas, más o menos...

Hizo estallar dos veces el látigo mientras se alzaba la lluvia.

—Catorce o quince cuadras. Quince cuadras, dos pesos.

Llarví subió, escondiéndose en la sombra, perforándola con el cigarrillo. Trepado en el estribo, el cochero corría la lona impermeable de los costados, desequilibrando el coche. Volvió a trepar al pescante.

—¡Pastora! ¡lup!

El cochecito se desprendió a tirones y empezó a rodar sobre las piedras. Llarví se acurrucaba contra el golpeteo de la lluvia. Quería pensar en cualquier cosa, olvidar el final del viaje. Se tomó el pulso para saber si estaba borracho. A través de la rotura en triángulo de la capota veía pasar los portales sombríos, las luces de los faroles hundidas en el brillo de la calle. El coche corría por el barrio de los cabarets, siempre en línea recta.

Llarví tiró el cigarrillo y recostó la cabeza. La lona tirante lo balanceaba, llenándolo de sueño. Recordaba la tarde en el salón de conferencias, el hombre calvo que hacía avanzar la oreja con una mano, la muchacha de verde y anteojos que asentía desde la primera fila.

Enderezó el cuerpo, montando una pierna. Volvía a mirar la sombra de la calle entre el golpeteo menudo de la lluvia en la capota. Tres o cuatro cuadras las paredes repetían: HOMENAJE A DE LA TORRE. Eran grandes letras azules. Algunos afiches rotos, con jirones sumergidos en la lluvia, mostraban la cara de Paulina Singerman mirando impasible hacia la noche.

El coche dobló, rodando por una calle desapareja y en pendiente



**El coche corre  
en línea recta  
por el barrio  
de los cabarets**



Larsen, el personaje más famoso de Onetti, muere en Rosario al final de *El astillero*. Pero es en esta novela donde aparece por primera vez, junto con otro personaje, Llarví, que viene a la ciudad a dar una conferencia y de paso visita un lenocinio que no sabe si se llama Madame Safó o “una cosa así”.

&gt;&gt;&gt;

te. Se sucedían barricadas, bolsas, pilas de madera, algún ojo sangriento de farol. “América está en nosotros. No sabemos cómo es. Aceptémosla como la tierra acoge la semilla que habrá de romperla sin preguntarse el color del fruto”. ¿Dónde demonios quedaría el prostíbulo? Era seguro que habían pasado ya más de quince cuadras. Seguían zumbando las llantas y en el triángulo del costado no había más que la noche ondulante y negra.

—Shitu, Pastora...

Habían llegado. Bajó en la calle desierta. Una fila de caserones viejos, sin luz.

—¿Dónde?



Sin mirar, el hombre ladeó la cabeza.

—Ahí, la segunda. Golpee nomás.

Pagó y empezó a andar. Apretó el timbre mientras el coche volvía a caminar, retrocediendo. Se oía pitar lejos un tren. Volvió a llamar y una luz alegre rajó los postigos de la puerta. Vio en seguida, entre la rejilla, una cara de mujer con pelo blanco, grave y dulce, examinándolo. Sonó el picaporte.

—Qué horas m'hijito. Ya estábamos por cerrar...

—Si molesto... Il ne faut pas...

—Oh, entrez, entrez... Les demoiselles, elles n' sont pas couchées encore.



29

## El Madame Safó

por Roger Pla

A través de la  
mirilla de la gran  
puerta de cedro  
labrado

**H**abía un requisito previo para ser admitidos en el *Safó*. Un examen a través de la mirilla de su gran puerta de cedro labrado. Roque y yo, tiesos bajo la gran marquesina de cristal que destellaba de luces, resistimos la prueba. La puerta se abrió, y entramos. Un grandote de *smoking* se hizo a un lado. Y nos sumergimos en un corto corredor, muy ancho, piso y zócalo de mármol, macetas y flores a los costados, una puerta cancel de cristales tallados, abierta, y, junto con todo eso, una frescura de atmósfera perfumada rescatándonos de la canícula que hasta entonces había estado quemándonos la piel. Rumor de ventiladores por todas partes, voces discretas, sin gritos, la amplia, enorme recepción —cien metros cuadrados de un patio, una especie de *impluvium* pompeyano con la excepción del techo de vitraux sostenido por columnas corintias—, sofás y divanes diseminados con gusto, gran estufa de bronce, ahora apagada, en el centro, curiosa mansión que se prolongaba, a los costados y al fondo, en pasillos y quien sabe cuántas habitaciones, parejas y grupos sentados o de pie, mujeres cruzando lánguidamente ese espacio con una belleza que aún no había empezado a marchitarse, suaves bajo las ropas traslúcidas de *soirée*, casi aladas, piernas perfectas surgiendo por la hendedura de los vestidos, firmes sobre los pies también firmes en los zapatos de raso, de seda, elevados sobre tacones Luis XV. Una estudiada distinción planeaba sobre todas estas mujeres y el menor de sus movimientos, y Mme. Safó, en seguida supe que era ella, como una marquesa, enarbolando su larga boquilla de espuma de mar y virolas de oro, avanzando hacia nosotros.

—Enchantée. Moi, je suis Mme. Safó...



A mediados de los años 30 Roger Pla huye de un amor rosarino “algo grotesco y trágico” y se muda a Buenos Aires. Allí escribe una obra en la que el mundo de su infancia y adolescencia aparece transfigurado. Recién en esta novela, publicada después de su muerte, Rosario se convierte en el escenario neto de su ficción.

**30**

## Calle Pichincha

por **Edgardo Cozarinsky**

**N**o sólo Paganini había pasado a padecer un nombre militar. Menos humilde, la calle Pichincha, cercana a esa estación de ferrocarril de Sunchales que de niño había oído mencionar en voz baja a mi abuelo rosarino como el centro de la mala vida en su ciudad natal, había sido rebautizada Teniente General Ricchieri, y se discute si es por un oficial del ejército de Roca, que había liquidado cuantos indios se ponían a su alcance, o por un policía que alrededor de 1930 había hecho méritos en la persecución de rufianes. En todo caso, en esa para mí legendaria calle Pichincha iba a encontrarme con el Petit Trianon convertido en galería de arte y centro cultural, así como hallaría rebajado a “hotel alojamiento” el establecimiento de Madame Sapho, recordado como el más distinguido del país (“sólo francesas y sus perritos lenguaraces”), del que se repitió durante generaciones, imitando el canto marsellés de la cajera, la famosa frase que habían escuchado los clientes al solicitar servicios de alguna Georgette o Yvette: “¿Con perrito o sin perrito?”



**Mencionada  
en voz baja**



El Petit Trianon es ahora una galería de arte, el Madame Sapho (o *Safó*, o *Sapho*) un notorio hotel alojamiento, y la calle que fuera centro de la mala vida recuerda a un tal

Edgardo Cozarinsky nació en Buenos Aires en 1939. Este fragmento pertenece a su novela *El rufián moldavo* (Buenos Aires, Emecé, 2004).

31

## Barrio Echesortu

por Clara Beter



**Es tan bello  
ese cielo celeste**



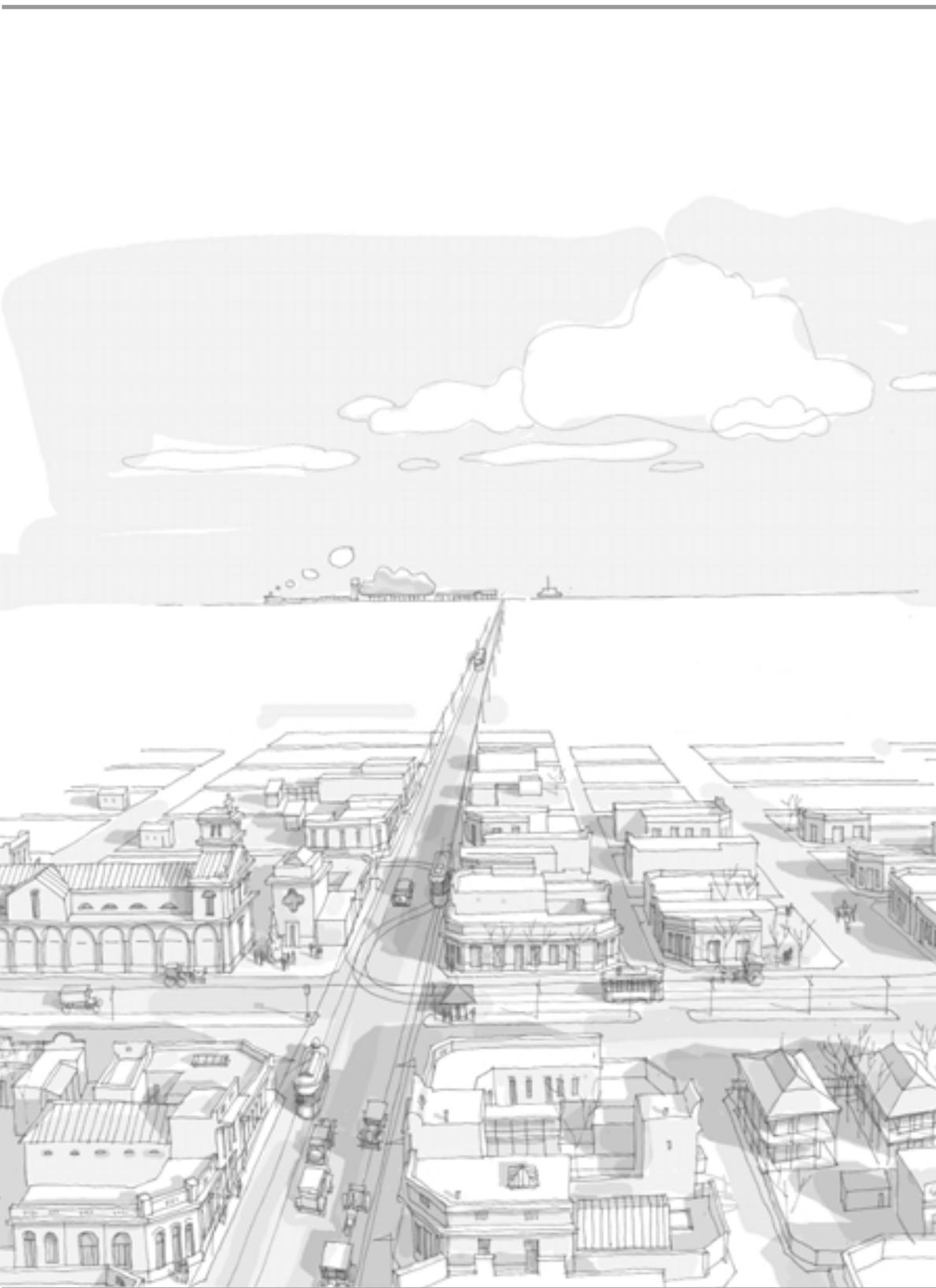
Clara Beter, una prostituta ucraniana que trabaja en Pichincha y además redacta versos, fue en verdad una de las bromas máximas de la literatura argentina. Escritos por César Tiempo, los poemas de Beter fueron publicados en Buenos Aires y, de inmediato, su apócrifa autora se transformó en objeto de devoción de los escritores sociales de los años 20.

### Mañana de sol en Echesortu

Su vestido de seda celeste  
luce el cielo esta clara mañana  
y es tan bello este cielo celeste  
y es tan linda esta clara mañana,  
que los árboles alzan sus brazos  
y al viandante el milagro señalan,  
que hasta el gris caserío se asombra  
y boquiabre sus viejas ventanas  
y nosotras, las pobres mujeres  
de la vida infelices esclavas,  
nos sentimos más puras, más buenas  
cual si el alma recién nos lavaran.

¡Es tan bello este cielo celeste  
y es tan linda esta clara mañana!





César Tiempo es el seudónimo de Israel Zeitlin. Nació en Ucrania en 1906 y murió en Buenos Aires en 1980. Este poema pertenece a su libro *Versos de una...* (Buenos Aires, Claridad, 1977).

32

## Avenida Belgrano

por Noemí Ulla



**Desde el banco  
de piedra es posi-  
ble ver el río y los  
palos borrachos**



Noemí Ulla fue una destacada protagonista de la bohemia rosarina de los años 50 a la que retrató en su primer libro, *Los que esperan el alba*, donde, como en este relato, las discusiones artísticas e intelectuales llevan directamente a los intercambios amorosos.

**D**espués los tres miramos el río; era un milagro del amanecer. Nos sorprendimos de querernos tanto. Nos lo confesamos. Nos miramos a los ojos preguntándonos qué cosa hacíamos allí. De pronto el Tarco dijo: ¿Y si nos acostáramos? Tenemos que estar juntos los tres. ¿No te parece, Diana?

—No sé... Se ha hecho tarde y ninguno de ustedes tiene obligaciones.

—Vos sí —dijo el Tarco en tono zumbón.

—El amor no tiene horarios —agregó Lorenzo burlándose de la frase común.

—No tiene horarios, pero tiene tiempos —contesté.

—¿Vos sabés lo que estás diciendo? —preguntó el Tarco—. No: vos no sabés lo que estás diciendo —agregó con firmeza.

—¿Te parece tan fácil despreciarnos, como si tal cosa? —agregó Lorenzo.

Uno de los mozos, al que conocíamos como Leonardo, empezó a rondar en señal de que estaban por cerrar el restaurante.

—No es eso, corazones. Es que dudo. No estoy segura.

—Bueno, che, paguemos, que aquí nos están echando.

Cada uno puso el dinero que tenía y entre todos redondeamos el total. Al Tarco nunca le alcanzaba y Lorenzo solía tener alguna reserva.

Salimos a los muelles. Poca gente de trabajo andaba por el puerto. Caminamos subiendo por el parque, riéndonos del monumento que nunca habíamos aprobado. ¡Y pensar que a Lola Mora —dijo Lorenzo— le habían encargado el proyecto y todo quedó en la nada para alzar al fin ese horrible promontorio!

—El falo —agregó el Tarco—. Ya todos le dicen “el falo”.

Después de un trecho nos sentamos en uno de los bancos de piedra, en un lugar desde donde todavía era posible ver el río y la avenida de palos borrachos, que era uno de los orgullos de la ciudad.

—Bancos para novios —dijo Lorenzo, y el Tarco y yo nos reímos. Lorenzo empezó a tararear una canción de moda.

—¿Vos cantás eso? —le preguntó el Tarco.

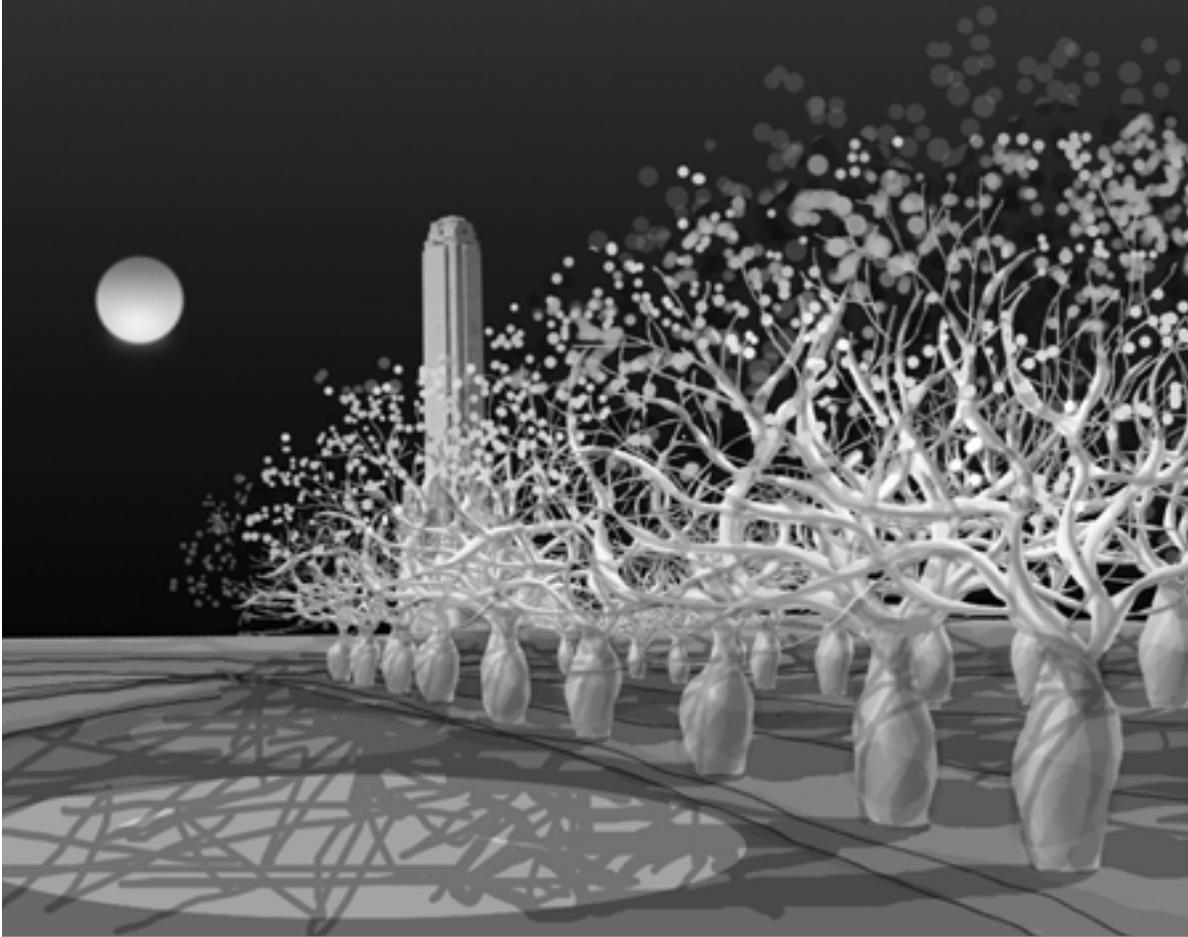
—Y, sí... me gusta la melodía —respondió Lorenzo con timidez.

—Te creíamos menos convencional. Eso es lo que pasa —dije.

Esto también es convencional, selló Lorenzo y me tomó por los hombros y me besó en los labios, todo en el mismo acto. El Tarco se puso a silbar dando vuelta la cabeza para otro lado. Lorenzo y yo nos miramos sonriendo. Lorenzo ya tenía chispitas en los ojos como en sus raptos de amor. El Tarco dejó de silbar, se puso de pie, y me tomó por detrás buscándome los labios. ¿Quién te puede querer más que yo?, dijo besándome levemente, luego con pasión.

—¿Vamos? —dijo.

—Vamos —dijo Lorenzo.



33

## Monumento (2)

por Alejandro Rubio

### Los mitristas

Bajo el imperio de un pensamiento ejecutivo  
se irguió para los siglos esta alegoría de la patria  
que viniendo desde el cabarute decadente,  
aturdido y con cuatro copas de más,  
el escéptico mira sin entender.  
La América futura, ¿está opuesta o al lado  
de la indígena? La constitucional,  
¿sostiene una espiga o una espada?  
Si no es que sostiene un libro  
de Beatriz Guido. Capital provisional de la república,  
la ciudad duerme amenazada; sus guardianes  
están de francachela y el liberal  
que se acerca desde el río sonrío con desprecio.  
Como un sábalo que se pesca por ocio y se desecha  
porque los frutos a conservar son otros,  
frutos de altura y líneas monumentales  
pero no este mareo bípedo que dificultosamente  
sube los escalones con cuidado senil,  
el escéptico se siente ajeno, inútil,  
extranjero y criminal. El mitrista  
se ha detenido junto al cuenco  
que central contiene el homenaje  
a los caídos; baja la cabeza, parece meditar.  
El otro alienta la esperanza vana  
de que el efecto lo impresione  
como a cualquier argentino con sangre;  
pero las manos en los bolsillos, la mueca  
que en la sombra se adivina de los labios  
habituados a la lisonja y el sarcasmo

Con cuatro  
copas de más



La nave emplazada en el lugar donde Belgrano izó por primera vez la bandera recuerda, en una alegoría de cuatro estatuas, la evolución histórica del continente. La estatua republicana sostiene un ejemplar de las "Constituciones Americanas" y no, como señalan estos versos, un libro de la hija del arquitecto que diseñó la obra, Ángel Guido.

lo disuaden rápido y solo con su vergüenza  
también, como las figuras muertas que en un manual  
de historia gesticulan convulsas por un lapso,  
desea la toma, saqueo e incendio  
de la urbe fenicia que comparten.



34

## Por Córdoba desde el río

por Hugo Diz

### Secuencias de Mayo

Era, supose, un día de Mayo, el 21.

Los bancarios han dejado los bancos,  
los ferreteros las ferreterías, los  
tenderos las tiendas.

Diríase

que un aire de rebelión  
viene y va  
mira y sigue.

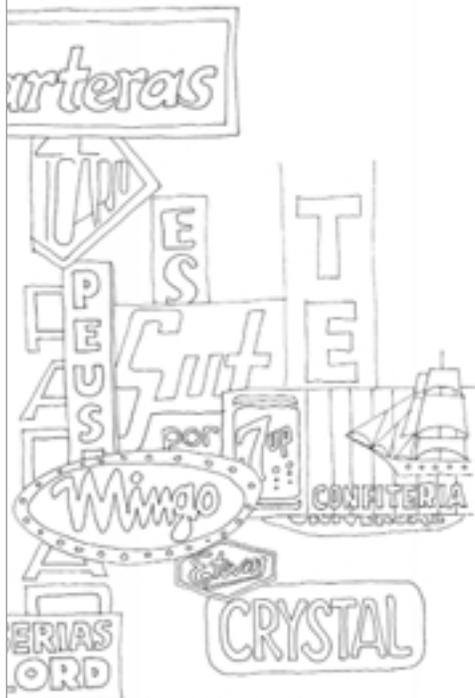
Un grito toca tierra:

Una columna avanza desde el río!

La calle del paseo obligado efervece.

Paso a paso avanza una columna que  
viene desde el río, una columna humana  
que viene con hombres y mujeres  
desde el río.

Traen  
troncos  
maderas  
líquidos  
escondidos.



Hugo Diz nació en Rosario en 1942. Este es un fragmento del poema "Secuencias de Mayo" perteneciente a su libro *Manual de utilidades* (Rosario, Ediciones La Ventana, 1976).

Van paso a paso  
estrechando filas.

Es angosta la calle  
quizá angosto el río.

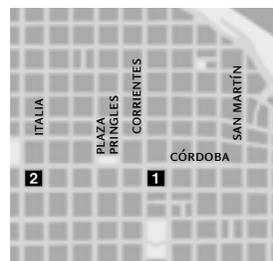
Véase  
véalos  
cargando fósforos y vocales  
fósforos y líquidos,  
troncos y botellas,  
la mayoría entonan estribillos.

Véase  
véalos:

—Oid el ruido de rotas cadenas  
ved en trono a la noble igualdad—.

En la noche leñas bajan de los edificios,  
*otrora, en la invasión, aceite hirviendo.*

## Paso a paso, estrechando filas



El 21 de mayo de 1969 se realiza una marcha para repudiar el asesinato del estudiante Adolfo Bello, ocurrido el 17 en la Galería Melipal (1). Una multitud toma las calles enfrentando a la policía que, sobre el final de la jornada, asesina en Córdoba al 1800 a otro manifestante, el metalúrgico Luis Blanco, de 15 años (2). El episodio pasó a la historia con un nombre: Rosariazo.



35

## San Martín y Córdoba

por Elvio Gandolfo

Una oleada como  
de pintura roja

**E**s una lástima. La ballena, más que el rorcual azul, creció en el vientre de otra ballena azul, brotó al agua, mamó como una vaca, miró las profundidades marinas con un ojo también vacuno, filtró infinitos litros de agua entre sus barbas, cantó y comentó con su voz transmitiéndose bajo las aguas, creció hasta su tamaño actual y ahora viene a estrellarse contra una infinita masa de cemento: la ciudad de Rosario.

Elvio Gandolfo nació en San Rafael (Mendoza) en 1947. Este es un fragmento del relato "El momento del impacto", perteneciente a su libro *Cuando Lidia vivía se quería morir* (Buenos Aires, Perfil Libros, 1998).



De algún modo el propio cuerpo, ya dolorido por el roce y el viaje rectilíneo, quemante por el aire, siente su destino sombrío cuando la pared dura y cortante de la Sedería Eiffel, que ocupa una de las cuatro esquinas, le abre el costado como un gigantesco cuchillo. Allí todo se confunde. Muchos empleados del Banco Nación, formando cruz con la sedería, dudarán hasta el fin de sus días si vieron o no el cuerpo o más bien la pared monumental de una ballena cayendo, cubierta de pronto por una oleada, como de pintura roja, de su propia sangre. La misma duda vitalicia sentirán los que no están directamente en el cruce, duplicada por el hecho de que las lisas y espejadas paredes de vidrio del Banco Nación les ofrecerán un reflejo fiel de esa masa biológica mayor a la de una locomotora rugiendo desesperada mientras se desgarran y después se estrella.

Nadie le preguntará a nadie nunca lo que vio. Pero quienes no sentirán nunca la duda acerca de si vieron o no algo son los empleados y clientes de la casa Chemea, que, como lo hace desde



Como sucede con toda experiencia extraordinaria, unos dudan de lo que están viendo, otros no ven nada, otros callan lo que vieron y los últimos mueren aplastados por la certeza en el cruce de peatonales.



>>> tiempos inmemoriales, ofrece camisas, jeans y camperas en oferta en sus vidrieras de otra de las cuatro esquinas. Como protegidos por las vidrieras pequeñas, por los carteles que indican en números gigantes los económicos precios, en caso de ser interrogados declararían no haber sentido ni visto nada, ni tampoco experimentado ni siquiera la duda acerca de si vieron o sintieron algo. En cambio las dos o tres personas sentadas en las mesas de plástico blanco de Mc Donald's, en la última esquina, recibirán, al igual que las otras diez personas del cruce, el impacto de la masa terrible de la ballena sin poder hacer ni siquiera el intento de moverse.



## **Rosario Ilustrada**

*Guía literaria de la ciudad*



# **En el próximo número**

**Luis Gudiño Kramer** **Enriqueta Gardon**  
**Mateo Booz** **Facundo Marull**  
**Pablo Makovsky** **Perfecto Gambartes**  
**Marcelo Scalona** **Lubrano Zas**

## **Recorrido 6 de 10**

**Aparece el domingo 5 de setiembre**

# Rosario Ilustrada

## **Guía literaria de la ciudad**

Más de setenta escritores que tomaron a Rosario como escenario de sus relatos y poemas, a lo largo de diez recorridos por la ciudad que la literatura reinventó en el último siglo y en diez entregas quincenales. La ciudad de las cosas que ya no son y perviven, o nunca fueron pero podrían ser. La de nuestras mejores y peores fantasías.

**Una ciudad imaginaria. O la única real.**

*En el año del III Congreso Internacional de la Lengua Española  
“Escritura literaria: la invención de una identidad”*



III Congreso Internacional  
de la Lengua Española  
Identidad lingüística y globalización



EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO



MUNICIPALIDAD DE ROSARIO  
SECRETARÍA DE CULTURA Y EDUCACIÓN